
La Ñandurihé

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9066

Título: La Ñandurihé

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento, Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 28 de julio de 2026

Fecha de modificación: 28 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Ñandurihé

Hasta el día de hoy, las gentes del norte no han podido ponerse de acuerdo sobre la ñandurihé. Esta víbora representa, sin género alguno de duda, al más venenoso ser de la creación.

Hasta aquí, el acorde es perfecto. Pero cuando deseamos especificar fisonomía, color y particularidades de esta lúgubre bestia, las lenguas se confunden.

Sólo un aspecto de aquélla permanece inalterable en todas las leyendas: su tamaño. La ñandurihé es una viborilla deslizante y fugaz, cuya breve mordedura anuncia cierta, segura, precisa, inexorable y fatalmente, la muerte.

En casa tuvimos una, a que mis chicos profesaron un afecto casi de hermanos mayores. La habíamos hallado entre los bambúes, deslizándose bajo las hojas caídas, que se arqueaban apenas a su paso.

Ante el anuncio siempre flotante en el aire tropical: "una víbora!", mis chicos corrieron a verla. Y un instante después se disputaban a la ñandurihé para jugar con ella.

Pues lo que yo acababa de poner en sus manos, ante el grito de horror de la cocinera, era una pequeña ñacatiná amarilla, como la llaman allí, y asombrosamente parecida a una yarará, en su tierna infancia.

Algunos peones que al atardecer pasaron frente a Casa, desviaron del paso al ver a la ñandurihé entre los dedos de las criaturas. No concebían semejante milagro, como no se lo concibió nunca en el país.

Más la culebrita aquella endulzó algunas horas de nuestra vida, no obstante los serios trabajos que nos exigía. En efecto, no comía sola. Era menester abrirla la boca y alimentarla a la fuerza con pedacitos de carne cruda que introducíamos en sus fauces, y que llevábamos hasta su estómago por medio de largos e inacabables masajes a lo largo del cuerpo.

Los chicos la sacaban todos los mediodías de invierno a asolearla en la arena del patio, habiendo llegado así, la viborita, no a conocernos, pero sí a admitir el roce de los dedos sin sobresaltarse.

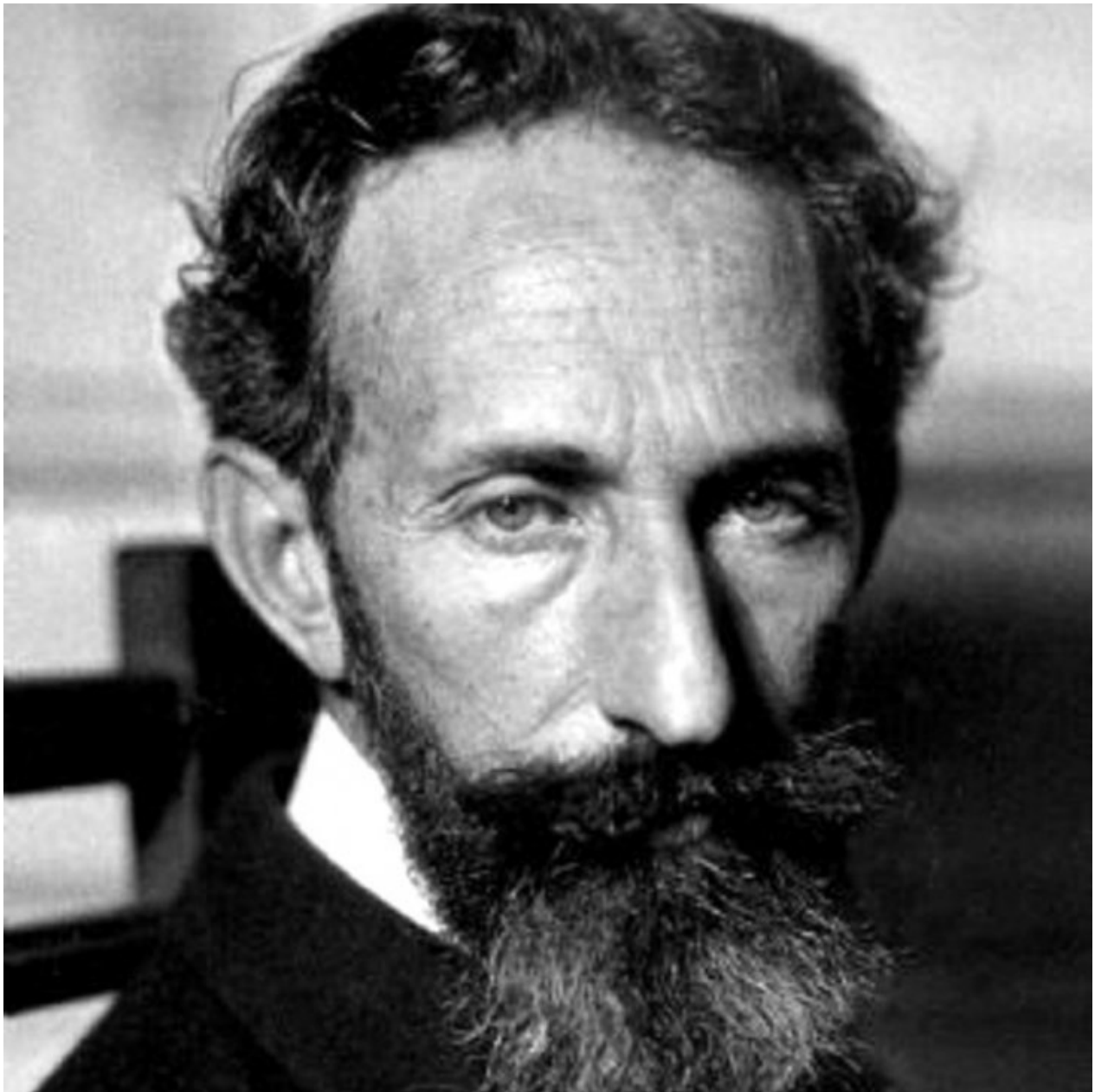
Su resistencia a la dieta era asombrosa, como la de todas las serpientes. Por causas ajenas a nosotros, no salió un día de su jaula durante toda nuestra ausencia. Cuando volvimos había adelgazado tanto, que su espinazo parecía una lima; y a ambos lados, sobre el piso, la piel descansaba, achatada.

Había pasado siete meses sin comer.

Por segunda vez nuestra culebrita se vio abandonada en su jaula, pero entonces la culpa fue nuestra. Los chicos se olvidaron de entrar la jaula durante todo un interminable día de fuego. Y cuando nos acordamos por fin, nuestra pupila había muerto. Estaba caída dentro de su bañera, con los ojos blancos; y en toda la porción de su cuerpo que yacía en el agua, la piel se había arrugado y descolorido.

Nunca quisimos tener otra ñandurihé.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)